

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 19 DE ABRIL DE 1931

NUM. 16



UNA REPRIMENDA

UNA REPRIMENDA

Ven acá, rapazuelo, ¿qué has traído a casa? No me cabe duda de que has robado estas manzanas, y por lo tanto eres un ladrón, y al ladrón hay que castigarlo.

¿No conoces los mandamientos? o ¿piensas acaso que puedes descaradamente faltar a ellos? Aguarda un poco, las correas te enseñarán lo que significa: «No hurtarás».

Eres un verdadero golfo, y si continuas por este camino, ten por cierto que llegarás a ser un ladronzuelo, pero sepas que entonces vendrá el castigo y darás con tus huesos en la cárcel. Esto, aquí en la tierra, que después, irás al fuego eterno, puesto que Dios no quiere que vayan a su lado más que los buenos, piadosos y bien educados.

Deja pues el feo vicio del robo y que sea esta la última vez que tal cosa haces, te lo aconsejo, enmiéndate, querido mío, a tiempo y procura ser siempre honrado.



HOCICO DE BUEY

(CUENTO POPULAR PORTUGUES)

(Conclusión)

La reina madre tenía mucha pena al ver la desgracia de su hijo predilecto y procuraba demorar la ceremonia.

Con tal fin, dijo la reina que quería que antes de celebrarse la ceremonia cada una de sus tres nueras le bordase un pañuelo.

La hija del panadero y del herrero no sabían bordar, y trataron de engañar a la reina buscando quien hiciese el trabajo; la que tenía el hocico de buey echóse a llo-

rar y tanto lloró que al fin se presentó la vieja y le dijo.

—No llores más, el día que tengas que entregar el pañuelo a la reina, yo misma vendré a traértelo.

Llegado el día, la vieja entregó a su hija una nuez que dijo llevara a la reina y haciéndolo así, cuando la reina abrió la nuez encontró un maravilloso pañuelo de encaje con preciosos bordados.

Al fin llegó el día en que las tres nueras del rey tenían que presentarse en la corte, y Hocico de buey echóse a llorar hasta que se presentó la vieja y le dijo:

—No llores más, aquí te traigo un vestido para que lo luzcas en la fiesta.

Desdoblólo y vió que era todo bordado de oro y pedrería.

La joven se lo puso; pero la belleza del vestido aumentaba la fealdad de la cara y volvió a romper a llorar cada vez más.

Todos habían entrado ya en la sala del palacio y sólo faltaba ella que permaneció en su cuarto hasta que la vieja le dijo:

—Anda, que te esperan.

La pobre muchacha obedeció, pero iba muy triste al considerar lo horrible que estaba.

Al llegar al corredor que conducía al salón en que debía celebrarse la ceremonia, la madre gritó desde lejos:

—Mira hacia atrás.

Y apenas la hija volvió la cara, añadió:

—Recobra tu hermosura, pero no te olvides de echarte en la manga todos los pedacitos de tocino que puedas coger, para dármelos.

La joven recobró su belleza y entró en la sala del brazo de su marido, dejando admirados a todos.

La corte entera reconoció que ella era la más linda, y desde allí pasaron todos al comedor y se sentaron a la mesa para celebrar el banquete.

Durante la comida, la joven no hacía más que meterse pedacitos de tocino en las mangas del vestido, y las otras mujeres de los príncipes, al verla hacer aquello, la imitaron pensando que acaso sería moda.

Cuando acabó la comida comenzó el baile y la reina, al ver el pavimento lleno de grasa y al observar que a cada paso se escurrían los pies en los pedazos de tocino, preguntó quién había hecho semejante porquería.

Las mujeres de los hermanos del príncipe contestaron que habían visto guardarse los pedazos de tocino en la manga a la princesa heredera y que habían hecho lo mismo.

Entonces cada una se sacudió las mangas de los vestidos y de las de Catalina cayeron aljófares y diamantes mezclados con flores.

Las otras dos, corridas y avergonzadas, huyeron de la sala y la que habían llamado Hócico de buey llegó a ser la reina; pues el monarca entregó la corona a su hijo menor.

EL FRANCÉS, EL PORTUGUÉS Y EL ANDALUZ

Sevilla es una ciudad muy grande y muy hermosa situada en Andalucía. Entre los muchos monumentos históricos y artísticos que posee, está la Giralda, una torre muy alta situada en el centro de la ciudad.

Una tarde de primavera estaban dando un paseo por las afueras de la ciudad tres caballeros muy amigos.

Uno era francés, otro portugués y el tercero andaluz. Estaban admirando la belleza de unas flores que estaban cerca del camino, cuando el caballero francés exclamó de pronto:

—Amigos, miren ustedes a la veleta de la Giralda. ¿Ven ustedes aquella mariposa que está justamente en la punta de la veleta?

—Ah—replicó el portugués—dispense usted, amigo; yo creo que usted se equivoca. No es una mariposa es una hormiga. Miren ustedes, ahora baja, ahora sube. ¿La ven ustedes?

—¡Ah! sí, tiene usted razón—dijo el francés—. No es una mariposa es una hormiga. Ahora baja, ahora sube. ¿La ven ustedes?

—Queridos amigos—dijo el andaluz—confieso que tienen ustedes una vista excelente. Estamos a una legua de Sevilla y pueden ustedes ver una hormiga en la veleta de la Giralda. Yo no veo nada aunque abro mucho los ojos. No, yo no veo nada, pero... callen ustedes. No, yo no veo la hormiga, pero... oigo sus pasos.

Después de este incidente, continuaron paseándose los tres amigos. El francés fué el primero que rompió el silencio, diciendo:

Sevilla es ciertamente una ciudad muy antigua. Sus museos son excelentes, pero hay una cosa muy antigua que no tienen sus museos y sólo yo poseo.

—¿Cuál es la cosa que usted posee y no tienen los museos de Sevilla?—preguntó el portugués.

—Oh, es la espada con que Napoleón conquistó a Egipto.

—Eso no es nada—interrumpió el portugués—yo tengo en mi garaje el automóvil en que Julio César hizo el viaje de Roma a París.

—Es verdad que ustedes poseen cosas de mucho valor—dijo el andaluz—pero yo tengo una cosa más antigua y de más valor aún.

—¿Cuál es la cosa que usted posee que es más antigua y de más valor que la espada de Napoleón y el automóvil de César?—preguntó el portugués.

—Yo tengo en casa la pistola con que mató Adán a su suegra.

—Confieso, amigos míos—dijo el francés—que poseen ustedes cosas más antiguas y de más valor que las que yo tengo; pero creo que las personas de mi familia viven más años que los de otras familias. ¿Saben ustedes cuántos años tenía mi abuelo cuando murió?

—¿Tal vez cien años?—dijo el portugués.

—Pues tenía ciento treinta y ocho años y estaba en muy buena salud todavía.

—Es verdad que vivió muchos años—replicó el portugués—pero mi bisabuelo cuando murió, y murió el año pasado.

—Pues ¿cuántos años tenía su bisabuelo cuando murió?—preguntó el francés.

—Mi bisabuelo tenía ciento cincuenta y tres años, cuatro meses y dos días cuando murió—respondió el portugués.

—Mis queridos amigos—dijo el andaluz—veo que sus parientes viven muchos años, pero mis parientes viven más tiempo aún.

—Pues ¿cuánto tiempo viven los pa-

rientes de usted?—preguntaron a un tiempo el francés y el portugués.

—Oh—respondió el andaluz—en mi familia no ha muerto nadie todavía.

Al entrar en Sevilla se encontraron con un hombre que llevaba en la mano una gallina muy gorda.

—¿Qué gallina más gorda tiene usted buen hombre!—dijo el portugués.

El hombre que llevaba la gallina en la mano conocía muy bien al francés, al portugués y al andaluz, y les dijo:

—Sí, esta gallina es magnífica, si ustedes la quieren yo prometo dársela al que diga la mentira más grande.

—Entonces yo gano la gallina—dijo el francés.—Sevilla está en la luna.

—Creo que esa mentira no es bastante grande para ganar la gallina—dijo el hombre.

—Yo creo que puedo decir una mentira más grande—interrumpió el portugués.—Yo soy un hombre muy callado.

—Yo creo—dijo el hombre—que esa mentira, aunque muy grande, no es bastante grande para ganar esta gallina. ¿No dice usted una mentira?—le preguntó al andaluz.

—Buen hombre—dijo el andaluz—yo no puedo competir con estos señores en decir mentiras. Yo no he dicho una mentira en toda mi vida.

—Déle usted la gallina—dijo el portugués.

—Sí, sí—dijo el francés—dé usted la gallina al andaluz porque la ha ganado.

—Sí—dijo el hombre al andaluz—la gallina es de usted porque acaba de decir la mentira más grande que he oído en toda mi vida.